

blica dando al mundo el espectáculo de morir con majestad: cuando la llevaban en la carreta iba de pie, con traje blanco y el cabello destrenzado, consolando á la multitud que sollozaba viéndola tan bella é interesante.

Al pasar ante la estatua de la Libertad, pronunció estas palabras que el tiempo ha hecho solemnes: «¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

La enemiga de Dantón y Robespierre murió con la serenidad de un mártir cristiano, en el día 9 de Noviembre de 1793. Su marido, al saber tan trágico fin, se suicidó. Ella lo había dicho cuando le leyeron la sentencia de muerte: «Roland se matará.»

Sobre el cadáver de Roland se encontró un papel con estas palabras: «Respetad los restos de un hombre virtuoso.»

¡Honroso epitafio que él escribió! La posteridad le ha hecho justicia declarando que lo merece y grabándolo en las páginas inmortales de la Historia.

III

PARA Mme. Roland fué Capitolio la guillotina como fué para Madame Staël apoteosis el destierro.

No es fácil medir la extensión del talento de tan insigne escritora; era filósofo, crítico, político y novelista. Siendo muy niña, en vez de entregarse á los juegos infantiles, pasaba largas horas en el bufete de su padre, hacia el cual sentía una entusiasta admiración: apenas salió de la adolescencia, cuando empezó á compartir con él tareas oficiales: así es, que enterada de las reformas administrativas y económicas proyectadas por Necker, más tarde las

quiso plantear. Ejercía tan gran predominio sobre éste, que le impulsó á proponer el sufragio universal, idea contraria á las doctrinas que había expuesto siempre.

La defensora de María Antonieta (1) tuvo influencia, no sólo en los salones de su época, no sólo en los círculos políticos, sino hasta en la literatura. Ella y Chateaubriand hicieron grandes innovaciones en el movimiento intelectual, dieron el grito de insurrección contra las trabas impuestas por los clásicos, y fueron la aurora del romanticismo.

La pasión de Mme. Staël por la política, no extinguió su amor á las bellas letras: desterrada por Napoleón Bonaparte, aprovechó el destierro para escribir sus mejores obras.

La prisionera de Coppet, más que prisionera, era una reina con su corte de cortesanos eminentes.

Agrupábanse á su alrededor hasta trein-

(1) Mme. Staël escribió una defensa de la Reina que no llegó á publicarse.

ta personājes, siendo los más habituales contertulios de la ilustre habitadora del castillo, Benjamín Constant, Augusto Wilhelm de Schlegel, Sabram, Sismondí, Bonstetten, Voght, Balk, Montmorency, Barante y el príncipe Augusto de Prusia. Allí representaban obras de Voltaire, obras suyas y de sus amigos. El poeta danés O'Elenschlaeger describe con entusiasmo una visita á ese castillo, convertido en Parnaso.

Todos los libros de Mme. Staël tenían resonancia en Europa: algunos produjeron exaltadas discusiones entre los primeros críticos, otros le redoblaron las penas del destierro.

Tanto su novela *Delfina*, como *Corina*, fueron muy impugnadas: atribúyese á Napoleón un artículo en contra de la eminente literata, publicado en el *Mercurio*. Todo el mundo conoció el estilo del Emperador. La obra de Mme. Staël acerca de *Alemania*, le fué prohibida: el Gobierno dió orden para que se destruye-

sen todos los ejemplares: aquella obra había costado á Mme. Staël seis años de estudio, y en ella fundaba sus más rientes ilusiones.

De su novela *Corina*, díjose que era un himno á Italia con menoscabo de Francia; pero los malévolos ó los espíritus ligeros que lo afirmaban, no tienen razón; *Corina* es, más bien que un himno á Italia, el panegírico de la mujer ilustrada.

En el momento histórico en que Madame Staël era acusada del pecado de *extranjerismo*, hacía sentir la influencia de la literatura francesa en Italia.

Es verdad que se extasiaba con los museos y monumentos de aquella tierra que encerró tantas grandezas, pero los italianos, que le deben la profecía de la resurrección de Italia, no alcanzaron de ella frases muy lisonjeras.

Hablando de la decadencia de costumbres en la que fué dominadora del mundo, exclama: *fáltale en esta tierra aguijón á la virtud, y freno al vicio.*

Los franceses dijeron que en *Corina* se había retratado á sí misma, dudando de que hubiera en Italia mujeres capaces de otra cosa que de amar; pero es falsa tal idea, porque en aquella época, veíase á Mme. Manzoni traduciendo libros latinos en la biblioteca Ambrosiana, siendo notables por su erudición la condesa Clelia, políglota, Mlle. Agnesi, orientalista, Laura Bassi, maestra en filosofía, Teresa Bandeddini, improvisadora, Magdalena Morelli, famosa por su elocuencia, la condesa Paolina Secco Sduardo, naturalista, Clotilde Tambroni, helenista, Diodatta Saluzzo, miembro de la Academia de Ciencias de Turín, y la célebre condesa Albany, encanto de Florencia.

Las obras que declaran más vigoroso el talento de Mme. Staël, son *Reflexiones sobre la paz*, dirigidas á Pitt y á los franceses, obra que tiene por objeto establecer la mayor armonía entre Francia é Inglaterra, que obtuvo en el Parlamento inglés grandes elogios; *Influencia de las pasio-*

nes sobre los individuos ó sobre los pueblos, La Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales, y Consideraciones sobre la Revolución Francesa.

La ilustre desterrada que caminó siempre entre palmas y laureles, hizo entrada triunfal en Italia, Austria, Prusia, Rusia, Alemania, Suecia é Inglaterra, teniendo en la patria de Byron por compañero de proscripción, á Luis XVIII. Hablando de él á uno de sus partidarios, le dice: *Tendremos un rey amigo, un rey muy favorable á las letras.* La célebre hija del gran hacendista Necker, no fué bella; todos sus biógrafos afirman que sus facciones carecían de delicadeza, pero sus grandes ojos negros tenían gran fuerza en la mirada, porque fulguraba en ellos la luz de la inteligencia. La atracción, la magia poderosa que ejercía en cuantos la rodeaban, consistía en su palabra: tomar la palabra, era dominar. No es fácil ser insensible á la elocuencia de una mujer, aun cuando esta mu-

jer no sea bella; así es que cuantos la oían, sentíanse fascinados. Hablaba con tal elocuencia, que Mme. Tessè exclamó al oirla: Si yo fuera reina, ordenaría á Madame Staël que me hablara constantemente.

Sus relaciones con su primer marido, el barón de Staël Holstein, embajador de Suecia, no fueron muy estrechas, pero ambos se respetaban cubriendo las apariencias: faltando en su hogar el sol del sentimiento, ella intentaba caldearlo con el sol de la gloria, mas ese sol ilumina sin dar calor.

Quando ya contaba cincuenta años de edad, contrajo matrimonio secreto con un joven oficial francés, enfermo y herido, llamado Rocca, que sólo tenía 21.

¿Qué la decidió á este matrimonio? Es indudable que su entusiasmo por la juventud. La baronesa de Staël Holstein tenía horror á la edad; así es que, al verse amada por Rocca, creyó rejuvenecer. Esta mujer superior no podía resignarse á perder la juventud. A ser posible, hubiera

abdicado más fácilmente de su cetro de gloria, que del cetro juvenil: mientras dejaba marchitar las hojas de su corona de laurel, cuidaba con el mayor esmero las hojas otoñales de su vida, dándoles color artificial.

Todas las mujeres comprenderán este sentimiento; único sentimiento femenino que encuentro en Mme. Staël

Ninguna mujer superior puede faltar á las infalibles leyes de su sexo: ser joven es ser bella; ¿qué mujer puede resignarse á dejar de serlo?

La célebre baronesa de Staël se resignó menos á perder su juventud, que al odio de su más terrible enemigo. ¿Quién era éste? El señor de Europa, el coloso del siglo. Napoleón.

Mme. Staël no era simpática, admiraba pero no atraía, fascinaba el espíritu más no se apoderaba del corazón. Una vez ocurrióle preguntar á Talleyrand en presencia de Julieta Recamier: «Si nos viera usted en peligro de ahogarnos, ¿á cuál de las

dos salvaría?» Y el célebre diplomático contestó sin desconcertarse: «Mme. Staël sabe tantas cosas, que indudablemente sabrá nadar.»

Aquella mujer extraordinaria poseía toda la bondad que puede poseer un hombre bondadoso, pero carecía de ternura.

Cuando supo la muerte de su querido amigo Narbonne, nadie pudo leer en su rostro la impresión que le causaba: la noticia de la muerte de su hijo Alberto en un desafío, la recibió con una firmeza que asombra á Sismondi, según puede verse en carta suya á la condesa Albany.

¿Qué faltaba á Mme. Staël para gozar de simpatías generales?

Gracia femenil.

Los hombres permiten á la mujer que se introduzca en el campo literario, mientras sepa conservar su carácter de mujer; en el momento en que se *masculiniza*. los adictos se vuelven adversarios.

IV

 AS mujeres francesas mezcláronse en la Revolución, porque aquella fué más bien que una revolución política, una revolución social.

¿Cómo no había de ingerirse la mujer en los acontecimientos, si la legislación arbitraria de aquellos tiempos, al decretar el divorcio, alteraba la institución que más le interesa? Era imposible que la mujer permaneciera indiferente á su porvenir.

El catolicismo, la única doctrina legal existente, se veía escarnecido, y como el catolicismo es la religión de las mujeres, tenían que luchar por defenderle.

En las escuelas nutriase la inteligencia de los niños con filosofías ateas, y la madre, al ver que su hijo, extraviado en el error, escapaba á su influencia, pugnaba por conquistarle. Ninguna madre debe abdicar de la maternidad moral.

Acostumbrada la mujer á reinar en la vida social, tampoco podía permitir fuera suprimida la antigua cortesía con que había sido tratada.

La Crónica de París y Los Anales Patrióticos, publicaban artículos de propaganda para la abolición de la etiqueta, diciendo que las fórmulas cortesas fueron creadas por el servilismo, y que debía borrarlas el viento de la igualdad.

Otro periódico, *El Filósofo Patriota*, añadía que inclinarse ante las damas era testimonio de esclavitud, y que la fórmula final de las cartas, en que se dice vuestro servidor, tenía que cambiarse por *vuestro igual*.

Suprimiósese el título de Señor y Señora, prohibiéndose la caballeresca costumbre

de besar la mano á las mujeres, bajo el pretexto de que, al besarla, perdíase la actitud altiva y viril que debía tener el patriota.

Las mujeres de todas las clases sociales viéronse envueltas en el torbellino que arrastraba al hijo, al marido y al hermano, los seres más queridos de su corazón; así es que las agitaciones femeninas salían del aristocrático *boudoir*, de los bastidores del teatro francés, de la tienda de modas y de los mercados.

Muchas damas de la aristocracia protegían á los revolucionarios; en casa de Madame Chambonas reuníanse periodistas exaltados, lo mismo que en casa de la marquesa de Laval y la baronesa D'Escars.

Mme. Bouquet adquirió un terreno en las afueras de París, y pudo esconder en un subterráneo semejante á las catacumbas, á varios girondinos, gastando cuanto poseía para darles de comer.

Presidían salones políticos, Mme. Ne-

ker, Mme. Helvetius, Mme. de Genlis, Mme. de Sabrán, Mme. de Angivillers, Mme. Rochembeau, Mme. Beauharnais, Mme. Montoissieux y Julia Talma, hermana del célebre actor.

Increparon á Mme. Condorcet por inmiscuirse en la política, y contestó: *desde que veo cortar tantas cabezas femeninas, siento curiosidad de saber por qué se cortan.*



V

o hay un episodio de la Revolución francesa, en que directa ó indirectamente haya dejado de figurar la mujer. No se contentó con ser espectadora, necesitó ser actor: en unas ocasiones ofició en el altar de la patria, en otras se inmoló.

Acostumbrada la mujer á la pasividad, al salir de ésta es más temible que el hombre, porque no ha gastado sus fuerzas. En 1789, las mujeres francesas llevaron la iniciativa en la perturbación de la paz, ellas se pusieron á la vanguardia de la Revolución.